

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y EL REY. Quédanse helados todos á su aspecto; se separan, y lo dejan pasar respetuosamente. Parece preocupado con un sueño, como un sonámbulo. Su traza y su fisonomía manifiestan el desorden, producido por su desmayo. Se adelanta pausadamente hacia los Grandes; los mira con insistencia, aunque sin fijarse en ninguno. Al fin, se detiene pensativo, con los ojos en tierra, hasta que su agitación se aumenta más y más.

EL REY.—Devolvedme ese muerto. Lo quiero.

EL PADRE DOMINGO. (Bajo, al Duque de Alba.)—Habladle.

EL REY.—Me despreciaba, y murió. Quiero verle de nuevo. Es menester que me juzgue más favorablemente.

EL DUQUE DE ALBA. (Acercándose á él.)—Señor...

EL REY.—¿Quién habla aquí? (Mira largo tiempo á su rededor.) ¿Se ha olvidado quién soy yo? ¿Por qué no te arrodillas ante mi, criatura humana? Todavía soy Rey. La sumisión es lo que más me agrada. ¿Todos han de menospreciarme, porque me ha despreciado uno solo?

EL DUQUE DE ALBA.—No habléis más de él, señor. Un nuevo enemigo, más importante que ése, hay ahora en el riñón de vuestros dominios...

EL DUQUE DE FERIA.—El Príncipe Carlos...

EL REY.—Tenía un amigo, que ha muerto por él... ¡por él! Conmigo hubiese participado de un reino... ¡Con qué orgullo me miraba! Con tanta altivez, ni en el mismo trono se piensa. ¿No aparecía evidente en cuánto estimaba su conquista? Su dolor prueba el valor de su pérdida. No se lora a sí un bien transitorio... Si viviese aún... la India da-

ría yo por lograrlo. ¡Poder inconsolable, que no puede alargar su brazo hasta el sepulcro, y reparar la ligereza, que ha costado la vida á un hombre! Los muertos no resucitan. ¿Quién osará decirme que soy feliz? Hay un difunto, que en vida me negó su estimación. Los vivos, ¿qué me importan? Un espíritu, un hombre libre ha surgido en todo este siglo... uno solo... y me desprecia y muere.

EL DUQUE DE ALBA.—¿En vano, pues, vivimos?... ¡A la tumba, españoles! Hasta después de muerto nos roba ese hombre el corazón del Rey.

EL REY. (Que se sienta, y apoya en la mano la cabeza.)—¿Ha muerto también para mí? Lo he estimado, sí, lo he estimado mucho. Lo quería como á un hijo. Ese joven era para mí signo de una nueva y más bella aurora. ¿Quién sabe lo que yo le reservaba? Ha sido mi única amistad. ¿Que toda Europa me maldiga! Ha agradecido mis favores.

EL PADRE DOMINGO.—¿En virtud de qué hechizo...?

EL REY.—Y ¿por quién ha hecho ese sacrificio? ¿Por un jovencuelo, por mi hijo! No; jamás lo creeré. Por un niño no muere un Marqués de Posa. La pobre llama de la amistad no llena un alma como la suya. Su corazón no podía latir sino por la humanidad entera. Su cariño, el mundo con todas las generaciones futuras. Para satisfacerlo, encontró un trono... Y pasa por él. ¿Se lo hubiera perdonado Posa? ¿Habría perdonado ese crimen de alta traición contra la humanidad? ¡No! Lo conozco mejor. No ha sacrificado Felipe á Carlos, sino el anciano al joven, su discípulo. El astro, en su ocaso, del padre no era capaz de premiar su trabajo, y se reservaba para la salida del de su hijo... ¡Oh! ¡Claro está! Se aguardaba mi desaparición.

EL DUQUE DE ALBA.—Ved la prueba en estas cartas.

EL REY. (Que se levanta.)—Podía haberse engañado. Todavía, todavía vivo. Te doy las gracias, naturaleza. Siento en mis nervios el vigor de la juventud. Lo haré pasto del

riñelo. Su virtud pasará por fantasma de cerebro enfermizo, y su muerte será la de un insensato. Que en su caída arrastre á su amigo y á su siglo. Veremos si pueden prescindir de mí: El mundo, por el espacio de una noche, es mío. Y la aprovecharé de suerte que, detrás de mí, no habrá labrador, que, durante diez generaciones, pueda recoger cosecha alguna de esta tierra abrasada. Intentaba sacrificarse á la humanidad, su ídolo; que la humanidad pague por él... Y ahora... comenzaré por su juguete. (Al Duque de Alba.) ¿Qué me decíais del Infante? Repetidme! ¿De qué tratan esas cartas?

EL DUQUE DE ALBA.—Esas cartas, señor, contienen las últimas voluntades del Marqués de Posa al Príncipe Don Carlos.

EL REY. (Que recorre los papeles, mientras que todos los presentes lo observan con interés: después de haberlos leído, los deja a un lado, y se pasea en silencio por la habitación.)—Que llamen al Cardenal Inquisidor. Le ruego que me conceda una hora, para arreglar ciertos asuntos. (Vase uno de los grandes. El Rey toma de nuevo los papeles, prosigue leyendo, y los deja otra vez.) ¿Esta noche, pues?

TAXIS.—Al dar las dos, los caballos de posta han de estar junto al convento de la Cartuja.

EL DUQUE DE ALBA.—Y espías, que yo he enviado, han visto llevar allí varios objetos de viaje, cuya procedencia era conocida por las armas de la corona.

EL DUQUE DE FERIA.—Sumas considerables de dinero, en nombre de la Reina, han sido confiadas á banqueros moros, para ser cobradas en Bruselas.

EL REY.—¿En donde quedó el Infante?

EL DUQUE DE ALBA.—Junto al cadáver del caballero de Malta.

EL REY.—¿Hay luz todavía en la habitación de la Reina?

EL DUQUE DE ALBA.—Allí todo está tranquilo. Ha despe-

dido á sus camaristas algo más temprano de lo acostumbrado. La Duquesa de Arcos, la última que abandonó su habitación, la dejó profundamente dormida. (Un oficial de guardias entra, llama aparte al Duque de Feria, y le habla en voz baja. El Duque se vuelve sorprendido al de Alba: acércanse otros, y se levantan entre ellos vagos murmullos.)

FERIA, TAXIS Y EL PADRE DOMINGO. (A un tiempo.)—¡Cosa extraña!

EL REY.—¿Qué hay?

EL DUQUE DE FERIA.—Una noticia, señor, apenas creíble...

EL PADRE DOMINGO.—Dos soldados suizos, que han sido relevados ahora, dicen... es ridículo repetirlo.

EL REY.—¿Qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Que el alma en pena del Emperador se ha visto en el ala izquierda del Palacio, y que ha pasado delante de ellos con paso firme y solemne. Todos los centinelas, situados á lo largo del pabellón, lo confirman, y añaden que el espectro ha desaparecido en la habitación de la Reina.

EL REY.—¿Bajo qué forma se le ha visto?

EL OFICIAL.—En traje de Jerónimo, el mismo, que vistió antes de morir en el monasterio de Yuste.

EL REY.—¿De fraile? ¿Y los centinelas le conocieron acaso en vida? Si no, ¿cómo han de saber que es el Emperador?

EL OFICIAL.—El cetro, que llevaba en la mano, indicaba que debía serlo.

EL PADRE DOMINGO.—Dicen que ya se le ha visto antes con frecuencia, bajo la misma forma.

EL REY.—¿Nadie le habló?

EL OFICIAL.—Nadie lo ha intentado. Los centinelas se encomendaron á Dios, y le dejaron pasar con el mayor respeto.

EL REY.—¿Y el espectro desapareció en la habitación de la Reina?

EL OFICIAL.—En la antecámara de la Reina. (Silencio general.)

EL REY. (Volviéndose con rapidez.)—¿Qué decís?

EL DUQUE DE ALEA.—Señor, estamos callados.

EL REY. (Al oficial, después de reflexionar un instante.)—Que mis guardias se pongan sobre las armas, y que nadie entre en ese ala del Palacio. (Vase el oficial, y entra un paje.)

EL PAJE.—;Señor, el Inquisidor general!

EL REY. (A todos los circunstantes.)—Dejadnos solos. (El Inquisidor general, anciano nonagenario y ciego, apoyado en una muleta, en compañía de dos frailes dominicos, que le traen. Al pasar entre los Grandes, todos se arrodilan, y tocan el extremo de su vestido. Él los bendice, y todos se van.)

ESCENA X.

EL REY Y EL INQUISIDOR GENERAL.

(Largo silencio.)

EL INQUISIDOR.—¿Estoy delante del Rey?

EL REY.—Sí.

EL INQUISIDOR.—No lo esperaba ya.

EL REY.—Renuevo una escena del tiempo pasado. El Infante D. Felipe pide consejo á su preceptor.

EL INQUISIDOR.—Mi discípulo Carlos, padre ilustre de V. M., nunca necesitó de mis consejos.

EL REY.—Tanto mejor para él. He cometido un asesinato, Cardenal, y no hay sosiego...

EL INQUISIDOR.—¿Por qué lo habéis cometido?

EL REY.—Una traición sin ejemplo...

EL INQUISIDOR.—Lo sé.

EL REY.—¿Qué sabéis? ¿Por quién? ¿Desde cuándo?

EL INQUISIDOR.—Yo sé años hace, lo que V. M. desde la puesta del sol.

EL REY. (Con extrañeza.)—¿Conocíais ya á ese hombre?

EL INQUISIDOR.—Su vida, desde el principio hasta el fin, está registrada en libros de nuestra Santa Casa.

EL REY.—¿Y vivía, sin embargo, libremente?

EL INQUISIDOR.—La cuerda, á cuyo extremo volaba, era larga, pero indestructible.

EL REY.—Estaba fuera de los límites de mi Imperio.

EL INQUISIDOR.—En donde estaba él, estaba también yo.

EL REY. (Paseándose descontento.)—Si se sabía en unión de quién me hallaba, ¿cómo no se me dijo nada?

EL INQUISIDOR.—Os constestaré haciendo la misma pregunta... ¿Por qué no lo averiguasteis, cuando poníais vuestra confianza en ese hombre? ¿Lo conocíais? Al mirarlo sólo descubristeis que era un hereje... ¿Con qué objeto arrebatábais esa víctima al Santo Oficio? ¿Así se juega con nosotros? Cuando la majestad del Soberano se rebaja hasta convertirse en encubridora... si, á nuestras espaldas, se pone de acuerdo con nuestros peores enemigos, ¿qué ha de suceder por necesidad? Si uno solo puede encontrar favor, ¿con qué derecho se han de sacrificar tantos miles de hombres?

EL REY.—Él ha sido también sacrificado.

EL INQUISIDOR.—No, ha sido asesinado... baja, criminalmente... La sangre, que debía correr con gloria y en vuestro honor, ha sido derramada por mano de un asesino. Ese hombre era nuestro... ¿Quién autorizaba á V. M. á atentar á los sagrados derechos de nuestra Orden? Por nosotros había de morir. Dios lo enviaba, teniendo en cuenta las necesidades de nuestra época, para manifestar, en el castigo solemne del pecador, los excesos, á que puede llegar la miserable razón humana. Tal era mi plan, muy meditado.

Y ahora, el trabajo de tantos años ha sido inútil. Nos lo habéis robado, y sólo queda sangre en vuestras manos reales.

EL REY.—La pasión me cegó. Perdonadme.

EL INQUISIDOR.—¿La pasión? ¿Así me responde el Infante D. Felipe? ¿Yo sólo he envejecido? ¿La pasión? (Sacudiendo la cabeza con desagrado.) Concede la libertad de conciencia á tus reinos, si tú has de vivir encadenado.

EL REY.—Soy novicio en tales asuntos. Perdonadme.

EL INQUISIDOR.—No... no estoy contento con V. M... ¡Faltar así á cuanto habéis hecho hasta ahora desde que reináis! ¿En dónde estaba, pues, ese Felipe, cuya alma enérgica, como las estrellas fijas del cielo, giraba siempre inmutable en su órbita propia? ¿Toda vuestra historia se había sepultado en el abismo? ¿No era ya el mismo el mundo, en el momento, en que le tendíais vuestra mano? El veneno ¿no era ya veneno? ¿Había desaparecido la diferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y el error? ¿Qué significan la previsión, la pureza y la lealtad humana, si la conducta seguida por espacio de sesenta años se anula en un instante por la contradicción, como el capricho de una mujer?

EL REY.—Yo leía en sus ojos... Dispensadme, si vuelvo ahora á la humanidad. El mundo carece de una entrada hasta vuestro corazón.

EL INQUISIDOR.—¿Para qué destinabais ese hombre? ¿Qué podría ofreceros de nuevo, para lo cual no estuvieseis ya preparado? ¿Tan poco conocéis el afán de innovaciones y los sueños de los visionarios? ¿Tan poco habituados están vuestros oídos al lenguaje ostentoso de esos reformadores? Si el alcazar de vuestras creencias se derrumba al impulso de palabras, vacías de sentido, ¿con qué frente, pregunto yo, habéis firmado la sentencia de muerte de pobres almas a millares, que nada peor habían hecho para subir á la hoguera?

EL REY.—Deseaba encontrar un hombre. Ese Padre Domingo...

EL INQUISIDOR.—¿Para qué deseabais ese hombre? Los hombres son míseros, y nada más. El arte elemental de reinar ¿lo enseñaremos ahora á un Monarca de cabellos grises? Que el Dios de la tierra aprenda á carecer de aquello, cuya posesión le está vedada. Si ansiais simpatías, no tendréis seres en el mundo, iguales á vos? Quisiera yo saber entonces, con qué derecho aspirabais á elevaros sobre todos.

EL REY. (Dejándose caer en un sillón.)—¡Soy un pobre hombre, lo conozco!... Exigís de una criatura, lo que sólo hace el que la crea.

EL INQUISIDOR.—No, no se me engaña así. Leo lo que pasa en vuestra alma... intentabais escapar de nosotros. Os agobian las pesadas cadenas de nuestra Orden. Queréis sacudirlas, y vivir solo y libre. (Se detiene: el Rey calla.) Nos han vengado... Dad gracias á la Iglesia, que se contenta castigándoos como una madre á su hijo. La elección, que se os ha dejado hacer á ciegas, ha sido vuestro castigo. Recibisteis una lección. Ahora volved á nuestro seno... Si yo no hubiera comparecido ahora ante V. M., ¿por Dios vivo!... ¿mañana hubiera comparecido V. M. ante mí!

EL REY.—¡No habléis así! ¡Moderate, reverendo Padre! No lo consiento. Con ese tono no puedo hablar contigo.

EL INQUISIDOR.—¿Por qué, pues, evocáis la sombra de Samuel? Dos reyes he dado yo al Trono de España, y esperaba legarle sólido edificio. Veo perdido el fruto de los trabajos de mi vida, y el mismo D. Felipe es quien conmueve la obra mía, y ahora, señor, ¿para qué me llamáis?... ¿Qué he de hacer aquí?... No deseo, por cierto, repetir esta visita.

EL REY.—Un trabajo queda, el último... y después puedes retirarte en paz... Olvidemos lo pasado, y reine la

concordia entre nosotros... ¿Estamos ya reconciliados?

EL INQUISIDOR.—Si D. Felipe se inclina con humildad...

EL REY. (Después de un momento de silencio.)—Mi hijo proyecta una sedición...

EL INQUISIDOR.—¿Y qué resuelve V. M.?

EL REY.—Nada ó todo.

EL INQUISIDOR.—Ese todo ¿qué significa?

EL REY.—Que lo dejaré huir, si no puedo hacerlo morir.

EL INQUISIDOR.—¿Y bien, señor...

EL REY.—¿Podrás tú infundirme una nueva creencia, que justifique la muerte de un hijo?

EL INQUISIDOR.—Por satisfacer á la justicia eterna murió en la cruz el hijo de Dios.

EL REY.—¿Quieres implantar esa opinión en toda Europa?

EL INQUISIDOR.—En todas partes, en donde la Cruz sea reverenciada.

EL REY.—Yo atento á las leyes de la naturaleza... ¿podrás imponer silencio á esta voz poderosa?

EL INQUISIDOR.—Ante la fe calla siempre esa voz.

EL REY.—Delego en tí mi cargo de juez... ¿puedo librarme de él por completo?

EL INQUISIDOR.—Entregádmelo.

EL REY.—Es mi único hijo... para quien tanto he trabajado.

EL INQUISIDOR.—Por la destrucción más bien que por la libertad.

EL REY. (Levantándose.)—Estamos de acuerdo. Venid.

EL INQUISIDOR.—¿A dónde?

EL REY.—A recibir de mis manos la víctima. (Llévaselo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Habitación de la Reina.

CARLOS, LA REINA, y después EL REY y su séquito.

CARLOS. (Disfrazado de fraile, con una máscara, que se quita al entrar, y una espada desnuda bajo el brazo. Hay una oscuridad completa. Acércase á la puerta, que se abre. La Reina sale á la negligée, con una luz en la mano. Carlos se arrodilla delante de ella.)—¡Isabel!

LA REINA. (Mirándolo con tristeza.)—¿Así nos vemos otra vez?

CARLOS.—Así nos vemos de nuevo. (Pausa.)

LA REINA. (Haciendo esfuerzos para tranquilizarse.)—¡Levantaos! No debemos perder ánimo, Carlos. Lágrimas de dolor y de quebranto no pide ese muerto generoso. Las lágrimas han de correr por dolores vulgares... Se ha sacrificado por vos. Su preciosa vida ha rescatado la vuestra... Y esa sangre ¿habrá corrido por una irrealizable quimera?... ¿Carlos! Yo he salido fiadora de vos. Por mí ha muerto alegre. ¿Queréis hacer inútil mi empeño?

CARLOS. (Con entusiasmo.)—Yo le erigiré un mausoleo, superior al de todos los reyes... Un paraíso florecerá sobre sus restos.

LA REINA.—¿Tal es también mi deseo! He aquí el generoso pensamiento, que ha presidido á su muerte. Me eligió para ejecutar su última voluntad. ¡Tenedlo presente! Yo cuidaré de que se cumpla este juramento... Otro legado encomendó al morir á mi diligencia... Le dí mi palabra... y... ¿por qué ocultarlo?... Me confió también su amigo Carlos... Yo desafío la maledicencia... no temblaré por miedo á los